

INTERVENCIONES FILOSÓFICAS

Toda mi vida he amado los libros; pero mi amor, justamente por real, no ha sido estable. Quienes hablan de amores estables no han vivido o, mejor aún, son demagogos versados en lo políticamente correcto que andan por ahí seduciendo almas bobas. Mi amor por los libros conoce de épocas de guerra y de reconciliaciones tórridas, de temporadas en las que viví amarrado a un libro como un naufrago a su mástil y de tiempos en los que analfabeto preferí el parloteo de unos labios dulces que no decían nada o, al menos, nada que pueda mencionar aquí sin avergonzarme. A los libros los he atesorado, regalado, rayado, anotado, sacudido, cargado, deshojado, manchado, encuadernado y, principalmente, leído y olvidado. Aunque también, debo confesar, que los he escrito.

Nada más una vez —cuando estaba seguro de que iba a morirme— suicidamente, en un parque de Madrid, conforme avanzaba en la lectura del Castillo de Kafka, fui arrancando una tras otra las hojas leídas, y las arrojaba al tacho de basura que estaba junto a mí. A mi manera he intervenido los libros.

Y por eso, me encantan las intervenciones hechas a los libros. He visto exposiciones en las que se hacen emerger animales, plantas y hasta edificios de gran realismo de las páginas; pero no me había tocado contemplar el ingenio incesante de un artista como Plácido Merino que consigue perpetrar intervenciones únicas sobre más de 60 impresos. La serie Ilustraciones Filosóficas me despierta diferentes tipos de estremecimientos: la sonrisa cómplice y la socarrona, la indignación, la nostalgia, el asombro y, sobre todo, esa rara y grata sensación de comprender el juego de un artista, y gustoso prestarse a él. Así, las piezas-páginas aquí reunidas dicen más de lo que decían y, además y sobre todo, dicen lo que Plácido Merino quiere que digan; aunque estoy seguro de que el mensaje será distinto para cada espectador, pues en el buen arte contemporáneo no hay mensajes unívocos sino una provocativa incitación para que cada espectador complete el sentido de la obra reflexionando y aportando su propia biografía y sus intestinos.

A mí —y subrayo el mí, pues es tan solo mi lectura— esta serie me parece el mejor diálogo entre la literatura o, en general, lo impreso, y la plástica que haya visto. Hay, por ejemplo, en la pieza llamada La Separación un ejemplo que ilustra con elocuencia plástica lo que digo. En el texto, un narrador cuenta, desde la mirada de un niño, la escena en que una madre decide separarse de la familia y romper el lazo que une al niño con su hermana, pues ésta se irá con ella a París. La escena es dolorosa y más, porque el niño, como todo niño, no entiende nada. En esta página, el artista pinta los bordes de una cortada sobre la carne y coloca unas costuras toscas para cerrarla. El efecto es demoledor, pues parece que es el propio niño de la narración quien quisiera intervenir sobre su historia para impedir que su madre se vaya y arranque de su vida a su hermana. En esta pieza, muchos que fueron niños verán captado un momento de su biografía.

En la pieza Los Tres Grandes Alimentos de América: sobre un texto neutro e informativo, en el que se habla del maíz y la papa, aparecen brutalmente los logotipos de la verdad alimentaria actual: Mc Donald's, Pizza Hot y las donas Krispy Kreme y, una vez más, el mensaje duele y alivia, pues aparece una de las claves que dan unidad a esta Serie: el humor.

Este humor no era fácil de encontrar en la obra del pintor Plácido Merino, generalmente expresionista, emparentado con la época negra de Goya, con Francis Bacon y con los motivos del horror y lo sórdido que dejan sin aliento. Aquí, salta el humor por todas partes, el humor y el juego.

Cada una de las obras reunidas tiene una historia o varias; pero jamás una historia obvia: la Serie obliga a una relación atenta y reflexiva con cada pieza. De hecho, el espectador deberá realizar un esfuerzo de reflexión para obtener una auténtica experiencia estética con esta exposición. En el arte conceptual, como ya es bien sabido, no basta con pasar la vista como un plumero sobre las obras, sino que se requiere que el espectador se vuelva en buena medida coautor de cada pieza: aquí no se contempla, se escudriña y se piensa, ya que de lo contrario uno se va sin nada.

Mención especial merece el políptico ¿El Arte es Para Todos?, pues en él se encuentra el manifiesto artístico del Plácido Merino conceptual, quien sobre las páginas de un manido manual acerca del arte, nuestro artista expone su concepción: El arte no es para todos. Es difícil. Es, por lo visto, voluntad durante años y concepto. El artista es una incógnita perpetua y, además, un ser que —más allá y más acá de todo— Debe, es decir, está lleno de deudas duras y dudas.

Así, tras contemplar activamente la serie Intervenciones Filosóficas me quedo maravillado, pues descubro lo tibias, moderadas y repetitivas que han sido mis intervenciones sobre los libros, pues más allá de mis subrayados con la brasa del cigarrillo o mojando mi dedo índice en el café exprés para dejar una huella recuperable de mi paso por las páginas, veo lo que realmente hay en esta exposición: la pujanza de una capacidad creativa incansable que inaugura rutas hacia todas partes.

Óscar de la Borbolla